

Burke, Peter, *Eyewitnessing. The Uses of Images as Historical Evidence*, Ithaca, Cornell University Press, 2001. 223 p., ISBN 080143968X.

Preface and acknowledgements. Introduction. 1. Photographs and portraits. 2. Iconography and iconology. 3. The sacred and the supernatural. 4. Power and protest. 5. Material culture through images. 6. Views of society. 7. Stereotypes of others. 8. Visual narratives. 9. From witness to historian. 10. Beyond iconography?. 11. The cultural history of images. References. Selected bibliography. Photographic acknowledgements. Index.

Burke, Peter, *Formas de historia cultural*, Madrid, Alianza, 2000, 307 p., ISBN 84-206-7988-7, 3200 ptas. (Ed. original, 1997).

Prólogo. Agradecimientos. 1. Orígenes de la historia cultural. 2. La historia cultural de los sueños. 3. La historia como memoria colectiva. 4. El lenguaje de los gestos en la Italia Moderna. 5. Las fronteras de lo cómico en la Italia Moderna. 6. El discreto encanto de Milán: los viajeros ingleses en el siglo XVII. 7. Las esferas pública y privada en la Génova de finales del Renacimiento. 8. Cultura erudita y cultura popular en la Italia renacentista. 9. La caballería en el nuevo mundo. 10. La traducción de la cultura: el carnaval en dos o tres mundos. 11. Relevancia y deficiencias de la historia de las mentalidades. 12. Unidad y variedad en la historia cultural. Bibliografía. Índice.

Tal vez uno de los objetivos que Peter Burke se ha marcado en su trayectoria profesional sea precisamente definir los términos de la historia cultural, establecer las balizas que sirvan para identificar un territorio no especialmente nuevo (como él mismo se encarga de mostrar reiteradamente y hacia el que muestra un temprano interés, al menos si atendemos a las fechas de publicación de alguno de los artículos que incluye en su *Formas de historia cultural*), pero con pretensiones de ecumenismo, que no de imperialismo, historiográfico. Por ello, en ambas obras propone la idea, de evidentes connotaciones político-ideológicas actuales, de la tercera vía (2000, p. 16; 2001, pp. 183-5): ni escepticismo ni positivismo, sino ambas cosas; su propuesta, en este sentido, es integradora: ningún tipo de exclusivismo e integración de todas las realidades humanas, sean cultas o populares.

Se trata de construir una nueva forma de afrontar la historia en la que se valoren todas las aportaciones de una tradición historiográfica llena de intentos de acercamiento a la realidad —incluidos los postmodernistas y postestructuralistas— y que ha tratado de abarcar por separado la complejidad de lo humano. En este sentido, escéptico y positivista, Peter Burke nos recuerda la diversidad de opciones, la legitimidad de los acercamientos, la historia de los intentos de afrontar esa realidad desde perspectivas diferentes (“un enfoque del pasado que plantee cuestiones derivadas de nuestros es-

quemadas actuales, pero que no dé respuestas inducidas por los mismos”, 2000, p. 16), y lo hace desde una considerable erudición. Él mismo encarna la tercera vía que propone, pues asume lo difícil, si no imposible, de lograr una visión única, que rechaza explícitamente y admite e impulsa las bondades de la diversidad. Rechaza la posibilidad de buscar claves de interpretación, mucho menos recetas o caminos señalizados sin posibilidad de extravío (2001, p. 185). Lo que él pretende es mostrar una alternativa, una posibilidad más, pero una posibilidad que huye de la exclusión. Integrar es lograr inteligibilidad, comprender mejor la diversa y compleja variedad del pasado. Para ello, la vía que sigue es la de legitimar mediante el ejemplo ese acercamiento que plantea. En ambos libros se suceden pormenorizados los diversos objetos históricos que pueden servir para lograr esa vía de integración y en todos ellos se comienza por justificar su validez, por legitimar la utilidad que ese objeto tiene para abordar la explicación histórica. Para mostrar la multiplicidad de posibilidades recurre a toda una panoplia de mundos históricos surgidos del estallido de los paradigmas: los sueños, los gestos, lo cómico, lo popular, los estereotipos, el arte... todo ello desde ópticas siempre innovadoras aunque con probada genealogía. Este repaso erudito a las migajas de la historia no implica, sin embargo, una aceptación ciega de la novedad por la novedad. En todos y cada uno de los casos plantea las dificultades, los problemas que surgen del uso de una metodología y de una fuente concreta. Historiador profesional, se plantea la necesidad de justificar ante la recelosa academia todos aquellos planteamientos que, si bien tienen carta de naturaleza en un mundo de hechos consumados, tienen que encontrar acomodo en una tradición historiográfica secular.

La pregunta, llegados a este punto, podría ser: ¿consigue definir el nuevo acercamiento? ¿logra mostrar la validez y legitimidad de la tercera vía? Negarlo sería incurrir en la negación de los principios implícitos en la historia de nuestro tiempo, pues dado que, de hecho, se ha llegado a que todo —o casi todo— es válido (al menos así lo afirmaba Feyerabend), ¿por qué no su planteamiento? Sin embargo, también en sintonía con esta actualidad, las propuestas que plantea carecen de la fuerza o de la firmeza de afirmaciones. Nunca plantea un paradigma, aunque creo que en el fondo lo está proponiendo, y no lo hace porque implicaría exclusiones, que rechaza al afirmar que la historia antropológica (la nueva historia cultural) tiene como objetivo “revelar la unidad subyacente (o, al menos, las conexiones subyacentes), sin negar la diversidad del pasado” (2000, p. 252). Probablemente el peligro radique en la dificultad de afrontar el cambio histórico, en el que ya no sólo el propio pasado, sino incluso las impresiones y representaciones que de él se hacen varían considerablemente en cada momento, contemporáneo o posterior. El relativismo, el escepticismo radical y el solipsismo, tan característicos de la visión postmodernista, se muestran como una amenaza considerable a la ciencia en general y a la práctica histórica en particular.

En el extremo opuesto, tal vez el planteamiento de un nuevo paradigma sea muestra de nuestras propias carencias, una imagen invertida de la orfandad historiográfica. ¿Añoramos la seguridad de un paradigma? ¿supone el paradigma libertad o coerción? Tal vez a partir de esta sensación, la lectura de estos libros de Peter Burke supone una cierta frustración. Y lo supone porque se espera mucho y se encuentra algo menos, se busca seguridad y se hallan posibilidades, no se ven las referencias de lo extremo, ni en cuanto a la determinación de un paradigma cerrado ni en cuanto a la vaciedad del relativismo. Sin embargo, y éste es, a mi entender, su gran logro, esa posible frustración se ve compensada por la sugerente incitación a la puesta en práctica de lo planteado. Mediante el uso de esa consistente erudición ya mencionada y que abarca tanto lo práctico como lo teórico, se ofrece un horizonte que mezcla sabiamente el planteamiento genérico acerca de la propuesta planteada concretamente —con sus ventajas e inconvenientes—, la genealogía legitimadora de la fuente y la aproximación y el planteamiento práctico, la ejecución de un caso concreto, la experimentación del utillaje conceptual y teórico en el laboratorio del pasado. Por ese motivo, los libros de Peter Burke contienen la utilidad de lo que tiene usos múltiples y la frustración que supone la falta de un entramado más amplio se ve compensada por la cercanía de lo concreto.

Evidentemente, esto puede conducir a nuevas preguntas: ¿es la historia algo más que fuentes, evidencias o trazas analizadas bajo el prisma de una hermenéutica diversa y nunca determinante? ¿es posible un enfoque global, una historia universal, cuando no parece posible un enfoque metodológico igualmente global? Soy consciente de que no hago sino repetir viejas, viejísimas preguntas, que han recorrido la historia de la historiografía y cuyas respuestas han ido siendo cuestionadas o reafirmadas con obcecada reiteración. Tampoco las responde el profesor Burke, pero tal vez sean preguntas sin respuesta o, más probablemente, preguntas cuya respuesta implicaría comprender la enorme complejidad del ser humano y eso no es fácil tenerlo a nuestro alcance.

Peter Burke fue profesor en la Universidad de Sussex entre 1962 y 1978 y, desde 1979, es profesor de historia cultural de la Universidad de Cambridge. Fellow del Emmanuel College, de la British Academy, de la Royal Historical Society y de la Academia Europea, así como miembro de otras instituciones europeas y americanas. Entre sus obras más importantes cabría destacar: *Renaissance Sense of the Past* (1969); *Culture and Society in Renaissance Italy, 1420-1540* (1972); *Venice and Amsterdam* (1978); *Popular Culture in Early Modern Europe* (1978); *Sociology and History* (1980); *Montaigne* (1981); *The Renaissance* (1985); *The French Historical Revolution* (1990); *History and Social Theory* (1992); *The Art of Conversation* (1993); *The Fortunes of the Courtier: the European reception of Castiglione's Cortegiano* (1996). También es editor de obras como *Economy and Society in Early Modern Europe* (1972); *Critical Essays on Michel Foucault* (1992); *New Perspectives on*

Historical Writing (1992) o *The European Renaissance: Centres and Peripheries* (1998).

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra

Bonnaud, Robert, *Histoire et historiens depuis 68. Le triomphe et les impasses*, París, Kimé, 1997, 123 pp., ISBN 2-84174-078-1, 105 F. Col. Le sens de l'Histoire.

1. Vues d'ensemble. 2. Spectres et ancêtres: de Michelet à Lucien Febvre. 3. L'empire braudelien. 4. Le Roy Ladurie. 5. Chaunu, Goubert, Le Goff, Vidal-Naquet. 6. Georges Duby, Paul Veyne. 7. Les "années 1980", les "années 1990". 8. Problèmes: les batailles, le présent, les invariants.

Si hubiera que poner un título a esta reseña, tal vez el que mejor pudiera encajarle fuese: "Del valor de las recensiones", pues todo el libro que comentamos es una recopilación de las publicadas en *La Quinzaine littéraire*. Es un libro interesante, cuando menos atípico, en el que se puede conocer la historiografía francesa —como mucho en francés— desde 1975, aunque él la titule desde 1968. Y se conoce esa historiografía a través de sus hechos, de sus libros, no tratados en sí mismos, sino como testimonio de algo: el autor, la escuela, la tendencia... Por eso los libros no son más que excusas, a los que se hace referencia como introducción a ese contexto. Por eso, aunque en un principio parezca menos interesante por tratarse de una recogida de reseñas previas, su lectura conduce a un conocimiento desde dentro de la historiografía francesa de los últimos treinta años; eso sí, desde un punto de vista muy personal, muy vinculado a las posiciones del autor, firme defensor de la utilización racional de conceptos en historia, pero a su vez crítico tanto frente a los excesos conceptualistas como a la de-conceptualización radical de la historia. Puede sonar en parte a cierta forma de ego-historia (otro de los ejes del libro) y, de hecho lo es, pues se vierte en estas páginas una larga trayectoria historiográfica, siempre vinculada a un progresismo político e historiográfico, que rechaza la defensa de lo conservador en ambos campos y que casi siempre traza un panorama político de los autores analizados, situándolos en el contexto pertinente.

He mencionado la atención prestada a distintos libros de memorias y autobiografías de distintos autores, incluso la pregunta de si el historiador autor de este tipo de libros dice necesariamente la verdad por serlo, lo cual no deja de plantear un interesante problema que se resuelve mucho más por el lado humano que por el lado profesional. Así, al comentar la obra *Le quotidien et l'intéressant* (1995), de Paul Veyne, se pregunta si la memoria del historiador vale más que las demás y, si es así en qué medida: ¿accede directamente a la